



Escenas políticas

La balada de investidura

Acabo de escuchar a don Felipe González y lo primero que se me ocurre decir es que el candidato a presidente del Gobierno no ha pronunciado un discurso de investidura, sino un concierto para oboe. Ha interpretado una partitura para un inocente, cándido, albo, floral y colombófilo instrumento de viento. Don Felipe nos ha obsequiado con una balada para flauta pastoril en la feliz Arcadia. Ha hecho un discurso que no es ni épico ni lírico, ni técnico ni científico, ni teórico ni pragmático. Más bien nos ha leído una epístola moral. Si en algún momento ha hecho referencia a la Constitución se podía pensar que estaba citando no la Constitución del 76, sino aquella Constitución de los doceañistas que nos invitaba a los españoles a que fuésemos benéficos.

Dice el refrán que dos no se pelean si uno no quiere, y don Felipe González ha hecho imposible la pelea parlamentaria. O sea, ha impedido el debate. Ha hablado con grandes palabras indiscutibles, inobjetables, que nadie podrá rechazar o reargüir. Austeridad, ética, solidaridad, esfuerzo, unidad, paz, progreso, justicia. Bellas palabras, pero bellas palabras a las cuales el señor González ha dejado vacías. Llenas sólo de viento. Si el señor González hubiese sido no un candidato a la Presidencia de Gobierno con mayoría asegurada, sino un examinando o un doctorando, el Tribunal habría tenido que interrumpirle y decirle dulcemente: «Por favor, cíñase al programa, señor González.» Y si hubiese pronunciado este discurso teóricamente programático ante una audiencia de campesinos o ante un corro de gentes del pueblo, de las que hablan en plata y entienden de aguas claras y de palabras concretas, alguien del corro le habría pedido: «Al grano, al grano.»

Don Felipe no ha expuesto un programa de Gobierno. Ha leído sosegadamente un prólogo hinchado de imprecisiones y de incon-

creciones. Ha enunciado un catálogo y un muestrario general de buenos deseos, de excelentes intenciones y de plausibles propósitos. Cosas todas ellas que a veces empujan al paraíso y a veces terminan por empedrar el infierno. Más de una hora ha disertado don Felipe González en la tribuna de oradores del Congreso de Diputados. Los taquígrafos tomaban sus notas apresuradamente, sin levantar cabeza. Los padres de la patria escuchaban en religioso silencio. Las cámaras de televisión no apartaban el ojo de la americana cruzada, y de la corbata a rayas, y de las sienes plateadas, y de las manos levisísimamente temblorosas, y del rostro serio y casi abrumado. Se notaba el peso de la púrpura. Don Felipe ha pasado del sayal a la púrpura en estos años iniciales de la democracia. Leía sin énfasis, sin entusiasmo y casi sin intención, como si adrede hubiese querido dejarse en casa la vehemencia y hasta la convicción para recitar con tono monótono de lectura escolar. Prefería despabilar el bostezo antes de despertar la controversia. Toda esa disertación de más de una hora sólo se puede contestar con tres palabras: «Bien. ¿Y cómo?»

Hay que lograr la paz social, que es un concepto más amplio o más profundo que la seguridad ciudadana. Bien, ¿y cómo? Hay que dar trabajo, reducir la inflación, aumentar el producto nacional bruto, estimular la inversión, ayudar a las empresas, desarrollar algún sector público. Bien, ¿y cómo? Hay que dejar claro que la violencia no es sistema para alcanzar los objetivos políticos. Muy bien, ¿y cómo? Hay que poner a España en el lugar que le corresponde en el concierto internacional. De acuerdo, ¿y cómo? Hay que terminar de construir el Estado de las autonomías. Pues bueno, ¿y cómo? Etcétera, ¿y cómo?

Después de escuchar atentamente a don Felipe un servidor ha creído entender que

hay que buscar un tesoro, pero el señor González no ha enseñado el croquis, ni ha explicado dónde se halla, ni qué dirección se ha de tomar, ni dónde guarda la brújula. Este discurso, o sermón, o balada, de la investidura, es como si alguien nos hubiese invitado a comer y nos ofreciera un poco de viento entre dos platos. Un plato de sosiego, otro plato de moderación, y en medio, un soplo de aire, un suspiro de éter, un pastel de viento, pero casi sin viento. Parece que don Felipe González se encontrase en este trance de la investidura como la princesita de Rubén, persiguiendo por el cielo —tampoco se sabe si de Oriente o de Occidente— la libélula vaga de una vaga ilusión. Una nube, un copo, un ala, un halo, un sueño, un vago deseo de perfección y de cambio, eso ha sido apenas el discurso de don Felipe.

Era inevitable. Uno se acordaba de don Adolfo Suárez, sólo que don Adolfo Suárez se vestía de azul oscuro y ponía la voz un poco más trascendente, como si fuese a decir algo. Al final del discurso las cámaras de televisión han enfocado a los representantes de los demás partidos. Los interrogados adoptaban una primera actitud como para encogerse de hombros. ¿El discurso? Bueno, bien, es decir, ya veremos, claro, en principio... Eran respuestas que también se iban por las ramas. Don Manuel Fraga señalaba más claramente las inconcreciones. Y el pragmatismo catalán de ese único ejemplar de Esquerra Republicana de Cataluña que hay en el Congreso, ese señor de barba gris y alta estatura, que parece escapado de una estampa de la primera República, don Francesc Vincens, expresaba su perplejidad. «Nosotros somos un partido de izquierda. Pero estoy en un mar de dudas. No sé qué hacer. Necesito aclaraciones del candidato.» Porque el candidato lo había dejado todo en el aire. No sé si alguien se atreverá a decir que éste es un discurso realista, pero será porque dentro de él cabe toda la realidad. Y también toda la irrealidad. Dentro de ese discurso cabe todo. Su espacio íntegro está todavía sin ocupar.

Don Felipe tampoco ha hablado de la herencia. Ya habrá tiempo de eso. Se ha ido por la tangente y nos ha dejado sin inventario, sin diagnóstico, sin pronóstico y sin remedio. Don Felipe ha llegado a casa del enfermo, se ha acercado a la cabecera, ha echado una ojeada a la cama y ha recomendado al paciente una enorme verdad que no sé cómo no se le ocurrió a Hipócrates: «Hay que tener salud.» Ahora, eso sí, se lo ha dicho en un discurso que ha durado más de una hora.

¿Programa? El del partido. ¿Cambio? El que ha votado el pueblo. ¿Objetivos? Los propuestos. ¿Modos? Los democráticos. ¿Libertades? Las consabidas. ¿Medidas? Las necesarias. Cuando don Felipe ha vuelto a su escaño, don Alfonso Guerra se ha levantado de su asiento y ha comenzado a aplaudir cerca del rostro del señor candidato. Los demás diputados socialistas, también. En los bancos de la oposición, silencio. Alguien se había levantado, había subido a la tribuna de oradores y les había dicho solemnemente: «Toma. Para una ventana.» Y les había dado el hueco.—**Jaime CAMPANY.**